

VOLAR

Día tras día y cuando el reloj marca las ocho y veinte, ella siempre hace lo mismo. Sabe de sobra que la observo, pero parece no importarle. Mi nombre es Patricio pero, no es de mí de quien quiero hablar, sino de la vecina que vive frente a mí. Nada más llegar se ha quitado la bufanda, el gorro — con un gracioso pompón — y el abrigo. Ha tirado al suelo los zapatos de tacón con gesto de hastío. Juguetea con su pelo hasta que lo enrolla sobre sí mismo y se hace un moño que sujeta con una pinza. Va a su cuarto y, a través de su espejo, situado frente a mi casa, la veo desnudarse. Poco a poco, su joven y esbelto cuerpo va quedando al descubierto. Uno, dos, tres... desde aquí puedo contar los lunares que adornan su piel y verla caminar contoneándose en busca de su pijama. Poco le importa tener la ventana abierta y que yo le estuviera viendo agazapado tras la mía. Me ve, me pilla siguiendo cada uno de sus movimientos y me saluda seria. También me hace un par de carantoñas patéticas, la verdad. Si ella viera la cara que pone cuando me grita “¡Cucú!”, estoy seguro de que no lo volvería a hacer...

Va a la cocina y... uff, espero que no vaya a hacer lo que creo que va a hacer... ¡oh, no! Sale de la cocina con un tarro de helado de un cremoso chocolate en una mano, y una cuchara rebosante de él, que saborea con gusto cuando se sienta en el sofá. Ojalá poder comerme ese succulento helado pero, es imposible, porque tiene mucha azúcar y es malo para mí y bla, bla, bla...

La sigo mirando y vuelve a verme, aquí parado, mirándola. Ella me devuelve la mirada con apatía y cuchichea algo para sí misma mientras se acerca mí. De repente, abre la puerta de mi jaula y la de la ventana y me hace señas para que salga.

—¡Vamos Patricio! ¡Sal de la jaula! Mira que cielo azul tan bonito para volar — me dice con sonrisa forzada y gestos señalando la ventana.

Y yo vuelo, pero hacia ese mullido sofá azul cerúleo que tiene mi dueña y por el que estoy loquito desde hace meses.

